Diario de Burgos

JOSÉ RAMÓN AYLLÓN | PROFESOR DE FILOSOFÍA. UNIVERSIDAD DE NAVARRA

Javier Echevarría, prelado del Opus Dei

Bueno y fiel

La semana pasada, las familias de la Asociación Juvenil Montauca conocieron por un guasap el fallecimiento de don Javier Echevarría. El texto decía que otros muchos centros culturales, repartidos por todo el mundo como prolongación de los hogares de sus socios, debían al Prelado del Opus Dei el impulso, el aliento y el cariño de un padre. Los que recibimos el mensaje habíamos conocido al Prelado precisamente en nuestra ciudad. Unos, en julio del año pasado, a poco de erigirse la parroquia de San Josemaría Escrivá. Otros, en la década anterior, cuando vino a pronunciar una conferencia en la Facultad de Teología. Sé que hablo por mí mismo, pero creo que a todos nos ganó en ambas ocasiones con su entrañable sencillez. Una de las dos noches que pasó en Burgos, mientras cenábamos, me preguntó si ser escritor era una tarea muy sacrificada. «Al contrario, Padre, tiene grandes ventajas», le respondí. De entrada, no tenemos jefe, y podemos levantarnos a la hora que queramos. Se quedó pensativo un instante, antes de responder: «Entonces, ¿tú te pegas la vida padre?».

Monseñor Echevarría, durante una visita a Burgos en julio del pasado año. / ALBERTO RODRIGO

Don Javier ha muerto con 84 años, después de una vida intensa, plena y discreta, tras haber sido gustosamente la sombra de sus dos predecesores: san Josemaría y Álvaro del Portillo. Ha fallecido el día de la Virgen de Guadalupe, a la que rezó intensamente en México y profesó siempre un amor especial. Días antes, en una carta muy navideña, fechada en Roma, nos animaba a vivir las próximas fiestas con los ojos puestos en María, José y el Niño; procurando que el ajetreo de este mes no nos hiciera caer en el atolondramiento; pendientes de quienes pasan necesidad a nuestro alrededor; contagiando esa solicitud cristiana a parientes, amigos y vecinos. Al final de la carta nos pedía, como hacía siempre, oraciones por el Santo Padre.

Don Fidel, nuestro arzobispo, presidió el viernes pasado el funeral en la citada parroquia burgalesa, y dedicó a don Javier el mismo elogio de Jesús al servidor de la parábola: hombre bueno y fiel. Entre quienes mejor le han conocido está el periodista Jesús Fonseca. Un día de 2014, con motivo de la canonización de Juan Pablo II, don Javier le dijo a Jesús que la bondad y la alegría contagiosa del nuevo santo brotaban de su intensa vida de oración, y que la gente buena siempre es alegre. Jesús aplicó esas palabras a su propio amigo, y le describió en La Razón como «el hombre, junto a Teresa de Calcuta, más sustancialmente bueno que he entrevistado a lo largo de mi vida profesional. De estos en los que brilla la bondad de Dios, por su sentido de acogida, por su humanidad. Por la sencillez evangélica de sus gestos y el cariño que derraman. Algo que se repite en todos los hombres y mujeres de Dios. En todos los santos».